

Aquel viaje de regreso

Por Verónica Simanca Osorio*

Se suponía que ese viaje de regreso sería parte de mi descanso mental. Nada más alejado de la realidad. Volver a aquella ciudad no suponía tanto revuelco emocional, pero las gotas de lluvia contra la ventana del bus no solo golpeaban el vidrio, parecían golpearme a mí.

—Buenos días, señorita —dijo la joven a mi lado—, ¿sabe usted el nombre de este lugar? —Un tanto perdida volví a mirar a la ventana por unos instantes, para luego volver la vista—. No lo sé, quizás a dos horas de Valledupar.

Su mirada se encontró con mis ojos por unos segundos y dejó una estela de gritos indescifrables en medio. Sabía lo que sentía, pero miré nuevamente la ventana.

—Gracias —dijo ella con una voz resquebrajada, con un asentimiento de cabeza y, sin apartar la mirada de la ventana, le respondí casi en un susurro que de nada.

Éramos un par de desconocidas que coincidieron por casualidad, no había porqué desojar nuestras almas en ese coincidir. Las frases que expresaban nuestros sentimientos eran tan dispares como los tigres y las mariposas. Aunque reconocí lo que sus ojos gritaban, no quise ver ese pasado una vez más.

Decidí descansar. El peso de ese viaje sería difícil de sobrellevar si continuaba presenciando la lluvia interminable. Cerré mis ojos mientras reposaba.

Cuando el viaje se sumió en una ausencia de ruidos, desperté, asustada por algo que no identificaba. Miré a mi lado y vi la chica descansando, con rastro en sus mejillas de la lluvia de sus ojos. Mi sorpresa fue descubrir que yo conocía ese desborde y hasta por qué caes en ese abismo.

La lluvia había cesado y los vidrios de las ventanas se habían empañado. Era tan borroso como las lágrimas que te empañan la vista. Se sentía esa misma ceguera y tal vez el mismo sentir; no lo podría definir, quizás porque comenzó a salir el sol o porque gotas iniciaron un camino de caída libre

* Estudiante del programa de Psicología de la Universidad del Magdalena. *E-mail*: veronicasimanca2004@gmail.com.

sobre los vidrios de las ventanillas. Lo sorprendente era que no caían solas, sino que arrastraban a las otras a ese abismo en el que estaban cayendo, sin avisarles de su destino.

—¡Hemos llegado a la ciudad!—, dijo el conductor casi gritando.

La chica se despertó asustada y miró en mi dirección, confundida.

—Dijiste que faltaban dos horas de viaje —me dijo

—También dije que no lo sabía —respondí.

Sin mediar más palabras me levanté y salí disipando el reflejo del asiento que un día ocupé. Sonreí en medio de la lluvia. Era irónico cómo podemos cambiarnos de asientos sin notarlo. Miré a mi madre esperándome con un paraguas en la acera.

Volví a pensar en las gotas de lluvia. En que el asiento que ahora ocupaba era el de las gotas

que arrastran al abismo sin preguntar... Y quizás alguien me veía desde la ventanilla del bus.

—Hola, hija —dijo mi madre en un tono alegre—¿Cómo estás? ¿Fue un buen viaje?

—Creo que sí, madre. Esperaba mucho poder volver.

—Ya estás en casa, hija —dijo en un tono tranquilo.

—Sí, mamá.

O podría ser que no. Pero ya había vuelto a casa. Ya estaba en el lugar al que pertenecía y al que quizás siempre querría regresar. ■■■